

## «MARÍA, ESPERANZA Y CONSUELO DE LOS CRISTIANOS»

Uno de los documentos más bellos del Concilio Vaticano II, la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, contempla a la Virgen María como esperanza y consuelo de los cristianos que peregrinamos en este mundo, hasta nuestro encuentro con el Padre en la gloria del cielo. En efecto, «la Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 P 3,10)» (n. 68).

Necesitamos la ayuda y el consuelo de María, Madre de la esperanza, en una sociedad que, precisamente, carece de esperanza, la busca con anhelo y tiene sed de ella. La afirmación es tan cierta como la constatación de que nuestros campos necesitan agua para que broten de la tierra los frutos apetecidos. Filósofos, teólogos, predicadores, sociólogos..., todos se ponen de acuerdo en admitir la evidencia: una persona sin esperanza es un ser humano sin horizonte de futuro, sin una ilusión en que gastar sus energías vitales, en definitiva, sin tener un sentido su existencia. El problema estriba en reconocer y valorar el contenido de dicha esperanza. Dicho de otro modo: en ignorar en qué ideales o personas hemos de depositar nuestros anhelos y deseos.

El Papa Benedicto XVI advertía hace algún tiempo a los jóvenes: «La experiencia demuestra que las cualidades personales y los bienes materiales no son suficientes para asegurar esa esperanza que el ánimo humano busca constantemente... La política, la ciencia, la técnica, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son suficientes para ofrecer la *gran esperanza* a la que aspiramos todos. Esta esperanza “sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar” (*Spe salvi*, 31). De ahí que una de las consecuencias

principales del olvido de Dios sea la desorientación que caracteriza nuestras sociedades, que se manifiesta en la soledad y la violencia, en la insatisfacción y en la pérdida de confianza, llegando incluso a la desesperación»<sup>1</sup>.

Los cristianos lo tenemos bien claro: la esperanza tiene un nombre... y ese nombre es Jesús (cuyo significado, en hebreo, es muy elocuente: «Dios salva»). Para san Pablo, «la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timoteo: “Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo” (1Tm 4,10). El “Dios vivo” es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y que nos llama a participar de su misma vida eterna. Si no estamos solos, si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, ¿por qué temer?»<sup>2</sup>. Tened a la vista la invitación tantas veces repetida por Juan Pablo II y, después, Benedicto XVI: «¡No tengáis miedo!... ¡Jesucristo no quita nada, lo da todo!».

### *A Jesucristo por María*

Es ésta una conocida expresión muy rica de contenido y que entraña una afirmación totalmente cierta: acercándonos a María, Madre del Señor, alcanzaremos a Cristo, esperanza nuestra. Así lo explicaba el Papa en su tradicional discurso en la Plaza de España de Roma, el 8 de diciembre de 2009: «¿Qué dice María a la ciudad? ¿Qué recuerda a todos con su presencia? Recuerda que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5,20), como escribe el apóstol san Pablo. Ella es la Madre Inmaculada que repite también a los hombres de nuestro tiempo: no tengáis miedo, Jesús ha vencido el mal; lo ha vencido de raíz, librándonos de su dominio. ¡Cuánto necesitamos esta hermosa noticia! Cada día los periódicos, la televisión y la radio nos cuentan el mal, lo repiten, lo amplifican, acostumbrándonos a las cosas más

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XXIV Jornada de la Juventud*, 22 de febrero de 2009.

<sup>2</sup> Ibid.

horribles, haciéndonos insensibles e intoxicándonos, de alguna manera, porque lo negativo nunca se elimina del todo y se acumula día a día. El corazón se endurece y los pensamientos se hacen sombríos. Por esto necesitamos a María, que con su presencia nos habla de Dios, nos recuerda la victoria de la gracia sobre el pecado, y nos lleva a esperar incluso en las situaciones humanamente más difíciles»<sup>3</sup>.

Quienes hemos sido sumergidos en las aguas del bautismo podemos llamarnos hijos de Dios, porque en verdad lo somos. Hemos sido injertados en Cristo Jesús, nuestro hermano mayor. Ésta es una realidad que fortalece nuestra esperanza y pone en fuga todos nuestros miedos y recelos. Sabiéndonos hijos de tan buen Padre, ¿qué hemos de temer? Este inmenso regalo lo recibimos no por nuestros méritos, sino porque una joven de Nazaret, al escuchar la invitación del ángel Gabriel, aceptó ser la Madre del Mesías. Y somos, por encima de todo, hijos de Dios por Aquél que, siendo Él mismo Dios, se despojó de su condición para hacerse uno de nosotros y entregarse al Padre en rescate por nuestros pecados.

### ***En pleno tiempo de Adviento***

La solemnidad de la Inmaculada Concepción de María se inscribe en un tiempo litúrgico, el Adviento, surcado por la esperanza: una Madre que espera al Niño que va a nacer, un pueblo que caminaba en tinieblas y vio una luz esplendente, un anciano que ya puede morir tranquilo porque sus ojos han contemplado al Salvador de Israel, la sonrisa de unos magos que se alegran al coronar su peregrinación en Belén... Pero, entre todos estos signos, la luz más potente ilumina la mente de una mujer, cuyas manos acarician el fruto de sus entrañas. Su seno virginal guarece el cuerpo de un ser desvalido que busca posada donde cobijarse, mientras el gobernante ávido de poder y de sangre le obligará a encontrar un refugio acogedor. Hecho un hombre, este pequeño recordará las caricias de su madre cuando sea entregado a la soldadesca

---

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, *Homenaje a la Inmaculada Concepción*, 8 de diciembre de 2009.

romana. ¡Aquí está nuestra esperanza! ¡En ese Niño y en esa Madre de Nazaret!

Santa Maravillas de Jesús escribe en una de sus cartas: «Toda la esperanza está en la Virgen. ¡Pobres almas, que no quieren aprovechar tanto amor y tanta misericordia...! Da muchísima pena, pero en cuanto a nosotras, qué confianza, qué seguridad. Así hará si lo necesitamos: seremos fuertes con su poder, le amaremos con su amor<sup>4</sup>». De qué forma tan cordial y sencilla y, por lo mismo, alentadora, describe esta Carmelita Descalza el modo de vivir su relación filial con la buena Madre del cielo. Teniendo esta Madre nuestra tan dispuesta a ayudarnos, nada podemos temer. Nadie como Ella puede enseñarnos a amar a su Hijo, a olvidarnos por completo de nosotros mismos y a hacer que crezca en nosotros el verdadero amor.

✠ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela–Alicante

Alicante, 9 de noviembre de 2010

---

<sup>4</sup> M. MARAVILLAS DE JESÚS, *Cartas*, 4664.